

Carta a San Maximiliano Kolbe

Padre Maximiliano:

En un penal del sur del mundo, un hombre de ochenta y siete años lustra sus zapatos la mañana del domingo. Fue militar, y aprendió de joven que un uniforme se presenta con el calzado impecable; medio siglo más tarde, con las manos ya torpes, sigue pasando el paño hasta que el cuero brilla. Nadie vendrá a verlo: su mujer murió esperándolo, y a los pocos que aún lo recuerdan el viaje se les ha hecho largo. Se viste igual, se abotona la camisa hasta el cuello y se sienta ante la puerta, porque el día que renuncie a ese gesto habrá admitido que ya no es nadie. Por él acudo a usted, porque su historia no cabe en un recurso ni en un escrito.

En los estrados se gana a veces. Pero la victoria llega con la lentitud propia de las cosas escritas, y a algunos hombres el calendario ya no les alcanza. Contra esa demora no existe alegato posible: solo cabe pedir un milagro. Y para pedirlo, ninguna puerta mejor que la suya.

Fue usted un niño pobre de la Polonia ocupada, hijo de tejedores, tan inquieto que su madre, agotada, le preguntó una tarde qué iba a ser de él. Cuentan que se retiró a rezar y volvió temblando, con los ojos húmedos, para confiarle que la Virgen le había mostrado dos coronas — una blanca, la pureza; otra roja, el martirio— y que él las había pedido ambas. Su madre guardó esa confidencia durante casi cuarenta años. La reveló recién cuando ya sabía de qué modo terminaba la historia.

La tuberculosis le dañó los pulmones siendo joven y le dejó una fiebre que no habría de abandonarlo; dos de sus hermanos murieron de ese mismo mal. Con ese cuerpo prestado levantó, cerca de Varsovia, uno de los mayores conventos e imprentas del catolicismo europeo, y lo consagró por completo a aquella Virgen de las dos coronas. De sus prensas salían cada mes cientos de miles de ejemplares, y en cada uno viajaba una palabra de consuelo para gente que no tenía ninguna. Después cruzó medio mundo y fundó un monasterio en una ladera de Nagasaki. Cuando la bomba arrasó la ciudad, la montaña que nadie había tenido en cuenta lo resguardó del fuego: aquel techo fue de los poquísimos que permanecieron en pie.

Y cuando la guerra alcanzó su tierra, abrió el convento a cuantos huían. Miles de perseguidos durmieron bajo ese techo; cerca de mil quinientos eran judíos. Por eso —solo por eso— lo fueron a buscar. Tenía cuarenta y siete años cuando lo bajaron del tren en Auschwitz y dejó de llamarse Maximiliano: desde aquel día fue el 16670.

Al sacerdote le reservaron las faenas que quebraban a los más fuertes, y los golpes; en una ocasión lo dieron por muerto sobre el barro. Se comía apenas nada: al alba, un jarro de agua turbia que llamaban café; a mediodía, una sopa rala de nabos; de noche, un trozo de pan negro que debía alcanzar también para la mañana siguiente. Con esa ración y ese trabajo, la vida de un preso se medía en meses. Y él, en vez de dormir, recorría los camastros y preguntaba en voz baja si podía hacer algo por alguien. Repartía su pan, que allí no era comida: era los

días de vida que a uno le quedaban. Los sobrevivientes declararon que jamás lo oyeron quejarse.

El 29 de julio de 1941 faltó un preso en el recuento, y la guardia escogió a diez hombres para encerrarlos sin pan ni agua hasta que murieran. Uno de ellos, un sargento, se quebró llamando a su mujer y a sus hijos. Entonces alguien salió de la fila. Salir de la fila, en aquel patio, equivalía a ofrecerse a morir. Se descubrió la cabeza, dijo que era sacerdote y pidió ocupar el lugar de aquel condenado, que tenía mujer e hijos. Nada más: ni un argumento, ni una defensa. Una vida a cambio de otra, ofrecida con serenidad.

Bajaron los diez al sótano del pabellón de castigos. Lo ocurrido allí lo refirió, poco antes de morir, el preso encargado de retirar los cuerpos. Contó que de aquella celda salía canto. Que los baldes amanecían vacíos, porque la sed había derrotado toda dignidad. Que las oraciones fueron perdiendo volumen a medida que se agotaban las voces. Y que en cada inspección, cuando casi todos yacían por tierra, quedaba uno de pie en el centro, mirando de frente a los guardias. Aquella mirada les resultaba insoportable: le gritaban que mirara al suelo, que no los mirara a ellos.

Repare en ello, padre. A un hombre despojado de cuanto se puede despojar le quedaba la mirada, y era precisamente lo único que sus verdugos no lograban resistir. Porque mirar de frente equivale a decir aquí hay alguien; y con ese gesto obliga al otro a serlo también.

Dos semanas después seguía con vida. Los guardias necesitaban la celda: el 14 de agosto, víspera de la Asunción, entró un verdugo con una jeringa de fenol, y cuentan que fue el propio condenado el que le tendió el brazo. Al día siguiente lo quemaron. No existe una tumba suya en ningún lugar de la tierra. De aquel cuerpo no quedó sino humo sobre Polonia.

Y desde esa nada comenzaron a llegar los prodigios: enfermos que sanaban al encomendarse a un fraile sin sepultura. La Iglesia, que examina estas cosas con siglos de desconfianza, terminó por rendirse ante los milagros, y Pablo VI lo declaró beato en 1971. Once años después, otro polaco —Juan Pablo II, hoy él mismo en los altares— lo proclamó mártir de la caridad ante toda la cristiandad. Y entre todos los santos del cielo, a usted le encomendaron los presos. El que murió en una celda vela hoy por los que continúan en ellas.

El hombre a quien usted salvó —aquel sargento— sobrevivió, y vivió cincuenta y tres años más, cada uno dedicado a contar lo que usted hizo. Porque usted había entregado la vida para devolverlo a su mujer y a sus hijos. Pero la guerra no esperó a que él volviera. En enero de 1945, con el frente ya sobre el pueblo, su mujer salió a llevarle un paquete al campo donde seguía preso; al regresar, encontró a sus dos hijos muertos, alcanzados por la artillería. Eran los mismos niños por los que aquel padre había gritado en el patio; los mismos por los que usted se ofreció a ocupar su lugar. Cuando por fin lo liberaron y llegó a casa, ya no quedaba nadie a quien abrazar.

Ni el amor más limpio de la historia consiguió torcer del todo aquel destino. Y aun así nada resultó vano: de ese infierno salió caminando un hombre resuelto a repetir hasta el fin que, donde todo estaba dispuesto para borrar nombres, hubo quien entregó el suyo.

Vuelvo ahora a los hombres que definiendo, por los que nadie ha salido de la fila. Conservan una disciplina que el país ya olvidó: se ponen de pie apenas entra un visitante, responden con el apellido completo, doblan la manta como si aún pasaran revista. Las instituciones, en cambio, los han ido soltando una tras otra: los tribunales que postergan, los ministerios que no contestan, las comisiones creadas para que ninguno muriera así, el Estado que juró custodiarlos. Terminaron convertidos en un expediente que ninguna mano quiere firmar.

Y en las casas se guarda un secreto. A los nietos y bisnietos les dicen que el abuelo vive en un hogar de ancianos. Lo hacen por amor, para que los niños no carguen con esto. Y lo que la familia no consigue pronunciar en voz alta no es que el abuelo esté preso: es que morirá tras las rejas sin haber tenido, a ojos de los suyos, un juicio digno de ese nombre. Así habrá de irse, imaginado por los más pequeños de su sangre tomando sol en un jardín que no existe.

No se le pide aquí que los declare inocentes; esa discusión pertenece a los tribunales y no a esta carta. Se le pide algo más pequeño y más urgente. Que a un hombre que ya no se sostiene lo dejen morir bajo un techo que no sea una celda. Que alcance a decir su nombre

completo y una mano lo escriba bien. Que el que ha de firmar levante la vista del expediente, mire al anciano que tiembla delante —y no la peor hora de su vida, ocurrida hace cuarenta años— y sienta piedad. No la libertad de los inocentes: la misericordia debida hasta al peor de los culpables cuando ya no es sino un moribundo.

Y hay algo, padre, que los hermana con usted por encima de todo. Esos hombres rezan. Con sus propias manos han levantado, en el patio de cada penal, una gruta para la Virgen, y al caer la tarde pasan ante ella las cuentas del rosario, las mismas que usted rezó cada día de su vida. Es la misma Madre a la que usted lo confió todo. Y ante ella, estos que ya nadie reclama siguen siendo sus hijos.

Interceda, padre; y pídale también a la Virgen que ambos sirven que se apiade de ellos. Se lo pido con fe, con la certeza de que a veces el cielo mueve lo que los hombres se empeñan en dejar quieto. Ruegue por el que lustra sus zapatos para una visita que no llega; por el que ya no recuerda su nombre y responde igual cuando lo llaman por un número; por el que reza en su celda sin sospechar que su oyente en el cielo pasó también por un sótano. Dígales que su esperanza no es locura: que una justicia verdadera todavía es posible, y que la aguardan sin rendirse. Porque de cuanto les arrancaron —el nombre, la casa, los años, hasta la certeza de una tumba— hay algo que ninguna condena alcanzó a tocar: el honor con que aún se ponen de pie. Que ninguno parta de este mundo sin saber que alguien todavía lo mira. Usted perdió la tumba y conservó el nombre; no permita que ellos, que tendrán tumba, se marchen sin el

suyo. Y si otra vez les ordenan mirar el suelo, deles fuerzas para levantar los ojos: que su último gesto no sea el de un vencido, sino el de quien, contra toda evidencia, todavía cree.

Con fe,

Carla Fernández Montero

Abogada